



Esta obra forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM

www.juridicas.unam.mx

Capítulo XIX

Conclusión

Hemos alcanzado una época en que la elocuencia se estudia generalmente por pasatiempo, tal vez porque se conoce harto bien que lo que antes era el premio de sus esfuerzos y de su poder incalculable, es hoy el fruto de las intrigas y de los amaños que vencen sin pelear y marchan para ello por caminos cubiertos sin revelarse a la luz del día. Los antiguos con otras instituciones y con otras costumbres más patrióticas y más puras, lo fiaban todo al combate de la palabra, a la liza del talento, y su triunfo decidía la suerte de los pueblos. Por eso donde quiera que fijemos la vista encontraremos a los hombres eminentes consagrados con perseverante afán al estudio de la elocuencia, porque ella más que nada podía darles importancia y abrir la senda que buscaban a su reputación y a su brillante porvenir. Así vemos a Hortensio en Roma disputar en la tribuna la palma a Cicerón, como Esquines la había disputado en Grecia a Demóstenes. Vemos a César el primer capitán de su siglo, que sobresale no menos que en las armas en las luchas de la palabra, y notamos que en las disensiones de los ciudadanos y en las agitaciones de los partidos se busca la alianza de la facundia con tanto ardor como el apoyo de los ejércitos. Marco Antonio se esfuerza en ser elocuente para oponer sus arengas a las de Cicerón, y Octavio busca en una dición estudiada y artificiosa la posible compensación a su poca habilidad guerrera.

Lo que entonces era un combate ha venido entre nosotros a ser un espectáculo. Se estudia la elocuencia como adorno, y no puede llevarse a la altura a que la elevaron aquellos austeros republicanos. Y sin embargo; nada es tan cierto como su utilidad, nada da al hombre tanta ventaja en todas las situaciones de la vida como ese privilegio dichoso de dominar a los otros con un arma que todos poseen, y de que tan pocos saben sacar el posible partido.

Para hacer accesible y aún fácil la elocuencia, hemos dado algunas reglas y añadido algunos ejercicios. Pocas han sido las primeras, porque creemos que la multitud de preceptos daña en vez de aprovechar, y que

La Elocuencia Parlamentaria

por lo tanto deben éstos reducirse a pocos en número, y sencillos en su exposición. Algunos pilares bastan para darnos a conocer la dirección de un camino, y si las señales se multiplican concluirán por confundirnos y extraviarnos como nos sucede en un bosque.

Esas pocas reglas deben estudiarse con reflexivo detenimiento, y ensayar mental y solitariamente su observancia hasta que vengan a convertirse en hábito. Entonces ya no se piensa en los preceptos, y el orador se entrega a todos sus arranques sin acordarse siquiera de las teorías que lo dirigen, como el pájaro emprende y sigue su vuelo sin reparar en las alas que lo elevan y sostienen. El entendimiento ha adquirido ya su lógica práctica, la imaginación sus giros propios y felices, y la dicción toda, sus corrientes por un cauce formado de antemano de que no se separa nunca. Esto es ya el orador con la posesión dichosa del arte. ¿Ni para qué amontonar reglas con el fin de que dirijan al genio? A ellas sólo toca evitar sus extravíos, y para esto bastan pocas observaciones con el gusto que dan la lectura y el ejercicio. La manía de dogmatizar ha esterilizado más talentos que la falta completa de toda enseñanza. El genio no cabe en las reglas porque no pueden éstas presentir todos sus arranques, ni calcular de antemano la variedad asombrosa de formas con que se anuncia y revela. Es el verdadero Proteo que incesantemente se trasforma; y en sus creaciones fantásticas y en sus vuelos inconmensurables, descubre todos los días nuevas regiones a través de nuevos horizontes. Por esta razón sin duda, extendiendo algunos demasiado la idea, se han pronunciado contra todas las reglas, y han sostenido que era una pretensión necia y ridícula querer dictar preceptos sobre el modo de emplear lo más personal que tiene el hombre; la lengua que aprendió en la cuna, y la expresión de sus íntimos sentimientos.

En tres partes principales debe dividir su discurso mentalmente el orador antes de empezar a hablar; en exordio, procurando ser en él agradable e insinuante; en parte de prueba, cuidando de mostrarse en ella fuerte y vigoroso, y en parte de afectos, proponiéndose primero preparar al auditorio para el golpe decisivo, y después dirigírselo con mano certera, exhalando en esta coyuntura toda la pasión de que se halla animado. Aquí son hijos del corazón conmovido los rasgos atrevidos y brillantes, e inútil fuera buscarlos en los fríos preceptos que han hacinado los retóricos. Lo principal es sentir, porque siempre será elocuente el que sienta, puesto que la inspiración no es otra cosa que el reflejo del sentimiento. Procúrese sobre todo, que la fuerza está en las ideas y no

en las palabras, porque en las palabras sin las ideas hay sólo humo en vez de fuego, y por eso el trozo verdaderamente elocuente es aquel que conserva su carácter aún cuando pase de una lengua a otra.

Respecto a la manera en que he desempeñado mi trabajo, piénsese en que proponiéndome escribir un libro que pudiera formar oradores, he atendido sólo al efecto que debe procurarse producir en la tribuna, y he cuidado menos de la corrección que con frecuencia se opone a aquel resultado. Esto es lo que debe hacerse en el debate, y esto lo que he hecho yo en esta obra, porque debía servir a los que ya leyeren de estudio y ejercicio preparatorio. La tribuna no es un libro que ofrece sus páginas al examen lento de los que quieran consultarlo, y que sólo debe dirigirse a la razón serena y reflexiva.

Es por el contrario la voz poderosa y alguna vez desarreglada en su vehemencia que escapa en el momento en que se pronuncia, y que cae sobre el auditorio para convencerlo y agitarlo. Y a esta convicción perjudica muchas veces la pulidez y rigorismo de una corrección fina y esmerada. Si los recursos se sujetasen a exacta medida y compás; si su mérito estuviese en la observancia de los preceptos más minuciosos; y siempre el orador hubiese de ir atendido a los hilos de las reglas y hasta a la colocación gramatical de las voces, sujeto con tantas y con tan incómodas ligaduras no podría moverse con libertad, sus vuelos serían tímidos y por consiguiente rastreros, sus acentos débiles y su palabra lánguida y fría. La tribuna entonces sería una cátedra o una academia, y no la nube de que parten los rayos que lanza el orador en su pasión y en sus trasportes. Yo he escrito por esta razón no cómo se debe escribir, sino cómo se debe hablar.

La incorrección es un defecto en lo que se escribe; pero a las veces da lugar en lo que se habla a una belleza que desaparecería sin duda si la dicción se limitara y puliese. En tales circunstancias el orador debe preferir ser incorrecto, a sacrificar la fuerza o una imagen atrevida y valiente, a una superficie tersa y bruñida que halaga sólo a la vista sin penetrar jamás hasta el corazón. Si las críticas quieren tomar motivo de estas ligeras faltas para esgrimir su arma emponzoñada, déjese gritar en buena hora, porque, nada basta a satisfacer a los ánimos descontentadizos, y porque en la elocuencia como en la pintura sólo se debe aspirar a producir un efecto completo, aunque sea a expensas de alguna leve imperfección en que nadie repara, y en que nadie debe reparar. Los puntos

La Elocuencia Parlamentaria

a que se encaminan el escritor y el orador son diversos, y por ello no pueden marchar fija y servilmente por el mismo camino.

En cuanto a los discursos bosquejados en que se ha hecho aplicación de las reglas dadas, piénsese también en que en lo que se escribe no puede presentarse nunca más que la sombra de la elocuencia. Son sólo esqueletos de discursos, porque les faltan las amplificaciones, les faltan los giros y los movimientos que nacen de la inspiración, la cual está sólo en la tribuna y en sus accidentes, y no en ninguna otra parte. Por eso hemos aconsejado al orador que no se lleva a la lucha más que la fórmula general y vaga de su discurso, porque si otra cosa hiciere se constituiría esclavo de su preparación, y ésta vendría a ser después un obstáculo a su inspiración y espontaneidad. Lo que sí debe hacer el orador al formar en su mente ese croquis del discurso que va a pronunciar, es señalar en su memoria los lugares que piden convicción, los que exigen vehemencia, aquellos en que debe amplificar, los otros en que debe ser conciso, en los que debe proponerse ser dulce y suave, y en los que ha de aspirar a ser valiente o magnífico. Con esto y con una detenida preparación sobre la esencia y relaciones del debate. Esté seguro de que al pisar su arena, al verse objeto de la expectación general, al encontrarse con la mirada de su adversario cuya presencia será para él una excitación de ardimiento, al notar que sus palabras se recogen con una atención religiosa y con una marcada benevolencia, la inspiración bajará sobre su cabeza exaltada, y sobre su corazón, el fuego que la evoca y alimenta. Desde este momento el que ocupa el lugar de las arengas deja de ser hombre, siente que sus pies no tocan la tierra, y que en alas de un entusiasmo que le enajena y estremece, se eleva a regiones desconocidas, para arrojar desde allí palabras, ideas, e imágenes que parece no se hayan construido en la simple inteligencia de un mortal.

Este instante forma el premio de tanto trabajo, y el patrimonio de brillante reputación adquirido a costa de tantos afanes y desvelos. La palabra divinizada pasa como una corriente eléctrica a los oídos y a los corazones de los que la aguardan con inquieta impaciencia; y entre ruidosos aplausos se proclama la gloria del vencedor pacífico que siembra ideas en vez de cadáveres, halaga y conmueve a las almas al tiempo mismo que las lleva por encantados caminos a los países donde moran la libertad y la dicha.

¡Mas, ay! Que nunca quedamos satisfechos, porque entrever una vida más espiritual, menos apegada a la tierra, vida que parece escapar de la

grosera cárcel que forma el cuerpo para subir a las dichosas esferas en que el genio habita, hace ceder al corazón a esos instintos vagos pero anhelantes, a esas aspiraciones indefinibles por las cuales busca vanamente un estado más feliz y tal vez inmortal. Bien lo ha conocido un escritor contemporáneo cuando hablando de ese deseo inquieto y perseverante ha dicho: “Cuanto más se espiritualiza el hombre en sus creaciones y en sus obras, menos contento queda de sí mismo; porque Dios ha puesto en nosotros idealidades misteriosas, tipos eternos que no nos es dado alcanzar, que Platón creía fuesen recuerdos vagos de una vida anterior, y que pueden ser también presentimientos de una vida futura”.

Sin embargo: ¡feliz el hombre que llega a recibir en el dominio de la tribuna tan dulce recompensa, y a recoger por fruto de sus tareas el placer de verse admirado y la grata convicción de ser útil a sus semejantes!